

En un silencio quieto. Paisajes

Cualquier paisaje es un estado del espíritu
Henri-Frédéric Amiel

El paisaje siempre ha sido un referente de inspiración en la pintura. En un principio solo fue parte del fondo de una escena, para llegar a alcanzar su propio protagonismo en el siglo XVII con maestros clásicos, como el francés Nicolas Poussin en su obra *El Verano* o el holandés Johannes Vermeer, que aún cultivando los interiores con sus luces tamizadas, dejó para la historia su *Vista de Delft*. En el siglo XVIII, podemos citar a Canaletto con sus vistas de Venecia. Llegado el siglo XIX se produjo el gran triunfo del paisaje, autores como William Turner, Caspar David Friedrich o el pintor de pintores Camille Corot, quien pronunció las palabras “*Me entretengo pintando paisajes*”. Y años más tarde, fue Édouard Manet quien llegó a declarar “*No se pinta un paisaje, una marina..., se pinta la impresión de una hora al día*”.

Con la llegada de la pintura contemporánea el tema de género va desapareciendo, pero no por ello desaparece la referencia al paisaje, ni siquiera cuando hablamos de arte abstracto. Muchos han sido los pintores de la abstracción española a los que les ha interesado el paisaje. El conuense Gustavo Torner, a finales de los cincuenta titula cuadros con nombres como *Dos rocas* y *Como río*, reconoció: “*Hay, ante todo, un amor al mundo, a la naturaleza*”. Tres décadas más tarde, realizó toda una serie denominada *Paisaje romántico*, en homenaje a Caspar David Friedrich. También el pintor cinético Eusebio Sempere, quien en 1965 realizó su primera carpeta de serigrafías para la galería Juan Mordó titulada *Las Cuatro Estaciones*, declaró: “*Siento un amor inmenso por la naturaleza... Siempre viví la aparición de la primavera como un acontecimiento extraordinario*”. Y Fernando Zóbel, por citar a un tercer pintor de la abstracción lírica, afirmaba: “*No pinto lo que veo, pinto lo que recuerdo de*

lo visto". Con este pensamiento realizó, a principios de los setenta, su magnífica serie de óleos sobre el río Júcar.

En la presente exposición hemos querido dar una visión del paisaje que recorre algo más de una década. Del año 2002 data un gouache de Joan Hernández Pijuan, autor del que este año conmemoramos el décimo aniversario de su fallecimiento. De este modo, el título de la exposición hace referencia a Folquer, población de la comarca de la Noguera (Lleida), cuyo paisaje siempre llevó en su memoria. Por otro lado, la pieza de Marlon de Azambuja, del año 2015, con la imagen de la ciudad de São Paulo, pone el contrapunto con una vista cosmopolita e internacional.

Paisajes de desiertos, de instalaciones improbables, de ciudades en expansión, de ruinas, exóticos, transmisores de felicidad, de amistad, de campos, de playas, pétreos, de parques nevados, de bosques, de campos arados, literarios, orientales, cósmicos, de albufera, del Quattrocento, solitarios, idílicos, industriales, acotados, botánicos, interiores, de tránsito, espirituales y morfológicos. Paisajes que están ahí, pendientes como en un limbo, como en la memoria de alguien, protegidos, donde nunca va a pasar nada (aunque nunca se sabe). Lugares que desearíamos visitar para estar tranquilos y donde nadie nos amenazaría.

Javier Martín